



Kent Johnson en La Paz, junio de 2004.

# Ni modo editorial

(entre Vancouver/La Paz y Santiago) \*

A.A. Entonces, Rodo, ¿te encontraste personalmente con Kent Johnson en La Paz? ¿Qué recuerdos tienes de eso? ¿Hubo mucha cerveza en la altura, mucho singani? ¿Bailaron hasta muy tarde?

R.O. *I once met*, para usar el título de uno de sus libros. Fue en La Paz y a fines de junio de 2004. Por un extraño mecanismo Kent apareció sentado un día en el Susuki Samurai que yo manejaba. Johnson & Gander eran candorosamente recibidos en La Paz esos días de junio. El rumor de la visita de los traductores de Saenz al inglés se propagaba por todo lado y ese día la turbamulta de afines nos dirigíamos desde múltiples flancos a la casa (de) Humberto Quino Márquez, cómo no hacerlo. Entonces, en ese *rônin* destartalado bajábamos de Tembladerani a Sopocachi y al rodear la plaza Adela Zamudio, Kent sorpresivamente me regaló *Doubled Flowering* del huidizo Araki Yasusada. No tenía idea de ese magnífico libro publicado en 1997 en New York. Me lo dio con gesto escalonado. Mis recuerdos se superponen en este punto, pero Kent andaba a la vez atónito con las montañas en ese costado de Sopocachi y no tardó en murmurar algo que ahora reconstruyo desde la voz de uno de los traductores de Yasusada, Tosa Motokiyu: *please find yourself in the mountain and return far from who I am, whoever he may be*. El carnaval donde Quino, poco después, se desplegó a sus anchas. Fue un atajo jubiloso y picoteado de voceríos que se iban dispersando por el patio, los cuartos y demás pasadizos. Allí, en la grada más grada de ese averno, entregué a Johnson & Gander unos ejemplares de *La Mariposa Mundial*. Meses después me enteré, por la crónica que publicaron en *Jacket2*, que el nombre de la revista ya tenía una primera traducción al inglés: *Global Lepidóptera*.

A.A. ¡En el carnaval de Quino, Tumusla arriba, de cuerpo (de baile) presente! This was in La Paz [...], which (what a magical city; one day all writers will go there, like to Paris), at the house of the top-shelf Bolivian poet Humberto Quino, a man of astonishing capacities for Chivas Regal, a true gentleman [...] Someone cranked the volume. Numerous Bolivians poets began to dance in a conga-line [¿conga-line?; ¿qué habrá estado *traduciendo-inventando* ahí Kent?], pulling down their pants and shaking their bare buttocks in delight (*I once met*, p. 96, comarcas mías). Y un poco antes: I once met the mind-boggling [‘alucinante’, ‘estupefaciente’, etc.], poet Jaime Saenz. This was in La Paz [...]. Well, actually, I met his plaster death mask, in the house of his sister, Elva, and niece, Gisela. Slowly, they pulled the cheesecloth away from the face. It’s very unsettling to meet the plaster death mask of a poet you’ve been translating for a long time (p. 55). Naturalmente, no puedo sino preguntarte si te sientes al menos una pizca bien “retratado” en la última escena del carnaval: [...] pulling down their pants and shaking their bare buttocks in delight (¿Incluso el Cachín —que, entiendo, también andaba en La Paz, por aquellas fechas—, fue también parte de la dicha turbamulta?).

R.O. Entonces, presumo que la de Sopocachi fue una pre-carnavalera de cuerpo (de liba) presente. Quino amasaba dos casas; en la Tumusla, pasaje Ortega *ad hoc*, la más antigua, que era, sumando, un alojamiento, posada, asilo para viejos-viajeros poetas, a quienes procuraba en el ático, además de libros, las cajas plateadas de los Chivas Regal como mingitorio; Julio Barriga solía alojarse allí y probablemente Johnson & Gander lo hicieron. No estuve en ese carnaval del pasaje Ortega. La turbamulta en Sopocachi se dispersó aquel día apenas entrada la noche y yo salí raspando; sin embargo, la tan desopilante *conga-line* que (sospechemos) ocurrió en el ático de Quino aquella noche, traduce una versión temeraria del afamado “trecito” paceño, un ente muchísimo más modesto que sí trae sacudidas de nalgas con deleite aunque sin bajada de pantalón. Y hay trencitos de todo calibre, como este que locomoteó Agnès el 2008 en su casa, con un reclinatorio que usaba de burrito [<https://www.youtube.com/watch?v=OuCs8S5DcK0>]. Entonces, no dudaría que esa *conga-line* haya tenido efecto y afecto. Johnson & Gander en esos días estaban adheridos al primer anillo del júbilo aniquilador y Quino, todos sabemos, es un gran comensal y dador. ¿Y Cachín? Si allí hubiere estado, lo imagino último en la fila, celando sus *bare buttocks in delight*.<sup>1</sup>

Y sí, la máscara mortuoria de Saenz fue quizás para Kent la *más-cara* forma de conocerlo, claro, luego de ese juego de espejos desmontados que seguramente fue traducirlo. Algo de eso emerge cuando uno se queda mirando el retrato de Araki Yasusada, que es, sabemos, la imagen de un rostro oculto. El propio (e impropio) Yasusada dejó en unas hojas sueltas una imagen magnífica que luego olvidó en el *Book of the Death* de Shinobu: en una novela que lee Yasusada hay un cuadro en un libro que el protagonista está leyendo. En ese cuadro una mujer sostiene un espejo. Detrás del reflejo de su rostro está el reflejo de una montaña disminuida por la distancia. Qué estará pensando, se pregunta el protagonista, levantando la vista del libro. Qué estará pasando en la cara oculta de esa montaña en el espejo, Yasusada se pregunta al unísono [*paraphrasing in translation*]. Al cabo Kent también nos mira desde la máscara *más-cara* de su ausencia, digamos por caso, detrás del libro abierto de una biografía de Pessoa ahora en su portal de Facebook...

A.A. La máscara más cara, cómo no recordarla, la propia, la impersonal, con Yasusada y aun con helado propicio *à la crème*: un 6 de agosto, día de la independencia de Bolivia, en las postrimerías de la Guerra del Pacífico (*The Pacific War*), *Little boy*, Cabro o Changuito, la así denominada primera bomba atómica usada en cualquier guerra, comienza a precipitarse desde el cielo de Hiroshima. Si remarco esto que parece puro azar, la doble coincidencia o cita “boliviana” en esta caída, no fuera para apilar sin más anárquicamente referencias o, si se quiere, archivos, sino para dejar abierta desde ya una cierta incierta contaminación incontrolable, una tal vez *fatal* reacción en cadena a la cual no dejamos de estar atentos en el curso de esta caída. Por decir, un poema sin fecha conocida, un raro poema con dedicatoria aún más rara, pues está dedicado a “Javier Álvarez (1906-1945)”, quien, apuntan los editores-traductores de Yasusada, “fue un poeta y cónsul boliviano en Hiroshima durante los años de la guerra”. Y añaden: “Suponemos que [Álvarez] fue un conocido de Yasusada y que, a juzgar por la data de muerte, falleció en el bombardeo

<sup>1</sup> “En 2003 o 2004, Johnson y Gander vinieron a Bolivia, sobre todo, para conocer La Paz de Saenz. [...] De yapa, vinieron a Cochabamba y me visitaron. Charlamos un largo mediodía, aprovechando, claro, las ofertas culinarias de la llajta y, en la tarde, caminamos por la ciudad, sur y centro, hasta cerca de la hora de su viaje de retorno a La Paz” (*Hacer y cuidar: lecturas de Jaime Saenz*, La Mariposa Mundial/Plural, La Paz, 2021, p. 257).

nuclear”. ¿Podemos *imaginar* la escena? Javier Álvarez, cónsul boliviano en Hiroshima, se apresta a conmemorar un nuevo aniversario patrio, otra reiteración de independencia, otra memoria de otra vez única (el 6 de agosto de 1825, ocasión en que Bolívar no solo es declarado “Padre de la República” sino que la nueva república es bautizada como tal: *Bolivia*), 6 de agosto que a la vez conmemora otro 6 de agosto (el del año anterior, 1824, esto es, la batalla de Junín, donde el *Ejército Unido*, comandado por el futuro padre republicano, derrota a los realistas, poco antes de Ayacucho), y todo eso *tal vez*, cuando la *A-Bomb* —en japonés, el *don* brillante o *pika don*<sup>2</sup>— comienza a precipitarse sobre Hiroshima. ¿Habrá ya entonado el poeta-cónsul, al menos para sus adentros, a esas fatales horas, precisamente el himno patrio: ¡*Bolivianos!*... ¡el hado propicio...!?

\* R. O., Rodolfo Ortiz, poeta y ensayador paceño y coordinador de la sin par *Mariposa mundial* [<https://mariposamundial.com>], mora actualmente en Vancouver, Canadá, donde ha cátedra en la University of British Columbia. A. A., Andrés Ajens (en Pirque). Septiembre/octubre, 2023.

<sup>2</sup> “En japonés, la bomba atómica habitualmente ha sido llamada *pika don*. *Pika* menta el *brillo* súbito [*sharp flash*], como un relámpago, y *don* el estrépito [*loud sound*] de los bombardeos”; comarco. Cf. Reiko Tachibana, *Narrative as counter-memory. A Half Century of Post-war Writing in Germany and Japan*, State University of New York Press, 1998, p. 269.